

servan y estudian las crisis comerciales, tanto más se adquiere el convencimiento de que su marcha y sus accidentes son de día en día más solidarios, y que desde el punto que una contrariedad se inicia en uno ó en otro lado del Atlántico, muy raro es que no repercuta en el lado opuesto. Si limitamos el círculo de nuestras investigaciones, averiguamos que en Inglaterra y en Francia desde el año 1800 las crisis comerciales han seguido una marcha regular y paralela, estallando y liquidándose casi en las mismas épocas.

Si en América han sido menos notables durante los primeros años, débese al débil desenvolvimiento de sus relaciones y de su comercio; pero no han tardado en adquirir su rango y en ocupar su puesto en las perturbaciones comerciales que desolan periódicamente al mundo, sin detener por esto el progresivo desarrollo de la prosperidad de aquel país; pudiendo hasta decirse que la gravedad de las crisis está allí (como en todas partes), en proporción con el acrecentamiento de su riqueza. Son paros que, después de una prolongada alza de muchos años en que la especulación termina por ocupar el primer puesto, permiten al comercio regular volver á tomar su marcha normal, libre ya del peso de una imprudente especulación. Así, en ninguna época vemos expansión más verdadera, ni más facilidades para los negocios, ni más confianza, ni más seguridad, que después de la liquidación de las crisis. Según lo indica su nombre, son estas accidentes molestos, es verdad; pero, como en las enfermedades, preparan para un estado mejor arrojando á fuera todo lo que era impuro.

A pesar del considerable número de quiebras que producen á su paso, pocas veces se ve que sucumban casas buenas. Las que se han lanzado á insensatas especulaciones, liquidan y desembarazan al mercado de una causa incesante de turbación y de ruína. Mientras persiste el alza, se cambian los productos, nadie pierde; pero ¡ay del último poseedor! Tan rápida es después la baja, que faltando á este los recursos del crédito que lo han comprometido y sostenido hasta entonces, es inevitable su ruína. De este modo vuelve el comercio á recobrar su senda natural.

Las malas cosechas, la carestía de los cereales, las escaseces, vense á menudo en nuestro país con el atascamiento de la cartera de los bancos, y traen una complicación más que agrava una situación ya mala de suyo: no es, sin embargo, indispensable esta coincidencia para producir una crisis comercial. La prueba está observando lo que en América sucede, que, á pesar del precio bajo de los cereales, el desarrollo de los descuentos y el abuso del crédito llevado á cierto grado las hace estallar más pronto que en Europa, siendo la situación de acá y de allá igualmente apurada.

Si la carestía sobreviene cuando están muy llenas las carteras, será la crisis indudablemente más grave, pero esto no pasará de ser un accidente, causa de tribulaciones tanto mayores, cuanto que, derribada la pirámide del crédito, al menor sacudimiento todo desaparece y se hunde. La depresión de las existencias en cartera denota bien si la liquidación ha sido radical y profunda, en cuyo caso puede esperarse que la reacción en los negocios será activa y duradera. Si, por el contrario, no ha habido sino un compás de espera, una ligera disminución en los descuentos, en una palabra, una semi-liquidación, puede afirmarse entonces que el enfermo se ha levantado, pero para recaer pronto. La crisis se impone, es inevitable y surgirá de nuevo.

Influencia de las causas políticas. Opinión de los principales economistas. Medios de prevenir las crisis. Sistemas propuestos.—En cada nación, lo mismo en Francia que en Inglaterra y en los Estados Unidos, se ha tenido una opinión particular sobre las causas de las crisis, la cual ha variado según las épocas y los acontecimientos. En todos los casos ha dominado la propensión á acusar al vecino y echar sobre él la culpa. Convenimos en que nos hemos visto impulsados á juzgar así casi á pesar nuestro, como si anticipadamente quisiéramos disculparnos. Sin las complicaciones exteriores, decimos á cada paso, sería buena nuestra posición; y sin embargo, en todas partes las crisis son inexorables en circunstancias parecidas y en cualquier momento que surgen, según hemos manifestado. Sólo varía su punto de partida que, ora es Francia (1818), ora Inglaterra (1825), ora América (1836). No bien iniciada la conmoción, se propaga con la rapidez del rayo á los principales centros comerciales del mundo. Estallando la mina en todas partes á la vez, forzosamente ha de haber sido preparada y cargada también en todas partes, y sólo faltaba que un accidente cualquiera, tarde ó temprano y no importa de donde viniera, produjese la explosión.

Reconociendo difícilmente que las crisis no son un hecho contemporáneo, sino el resultado de alteraciones profundas en las operaciones del crédito y en las funciones productoras de la sociedad, la mayor parte de los autores, preocupados más bien de la época en que escribían, trataron de explicarse su origen y naturaleza atribuyéndolas á causas especiales y acomodadas á las circunstancias. En todas épocas se ha tomado el acontecimiento dominante en el momento histórico por la causa generatriz del mal. Ya ha sido esta una perturbación interior ó exterior, ya ha sido más cómodo achacarla á la defectuosa constitución de los bancos de circulación, sobre todo al llamado por algunos límite artificial que imponen á sus operaciones, haciéndolas depender de las reservas metálicas. Como si la condición esencial de la emisión de billetes no fuera la *disponibilidad monetaria*, que por nada puede sustituirse. Suprimir la obligación de pagarlos en numerario cuando se presenten, es hacer inevitable su depreciación en un término no lejano. La experiencia lo ha acreditado de una manera concluyente en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos y en todas partes.

Menester es no perder de vista que el billete es una obligación, un efecto comercial, un simple compromiso, una simple promesa; no reemplaza al oro y á la plata, aunque por su fácil circulación economice el uso de estos metales. Los pagarés, letras de cambio, órdenes de banqueros, *chèques* y cartas órdenes, aunque no reúnan las ventajas de los billetes de banco, entran también en la circulación y no permiten asimilación ninguna entre la circulación metálica y la fiduciaria. En Inglaterra, en estos últimos años, mientras que la circulación del banco ascendía á 30 millones de libras esterlinas, la masa de letras de cambio valuábase á más de 130 millones (Tooke, Newmarch), y se calcula que este papel circula con rapidez mayor en una tercera parte que la moneda. La inmensa cantidad de *chèques* que se cambian en el *Claring House* reemplaza también las funciones del billete de banco.

La organización de las instituciones de crédito ha sido estudiada con preferente interés, por lo mismo que constituyen estas la esperanza principal y la única fuente de recursos en medio de los apuros comerciales. Cada uno de los capítulos de sus balan-

ces, privilegio, monopolio, capital nominal, capital realizado y disponible, circulación, reserva metálica, depósitos por cuentas corrientes, variaciones en la tasa del descuento, todo á su vez ha sido objeto de crítica y hasta de acusaciones. Como se atenderan las quejas y las observaciones de unos y de otros, desaparecerían las crisis para siempre. La variedad de las causas y de los medios propuestos para prevenir ó curar un mal cuyos síntomas y resultados son parecidos, despierta no pocas dudas sobre su eficacia.

La disminución de la reserva metálica, la suspensión del reembolso de billetes, las dificultades del descuento, sin hablar siquiera de la elevación en la tasa que entonces se exige, hé aquí las dificultades más graves contra las cuales es preciso luchar.

Veamos, pues, las opiniones de los principales economistas y de las Comisiones que han informado sobre esta materia. Sin titubear se han atribuido las crisis á lo más aparente, á las guerras, las revoluciones, las carestías, los empréstitos, etc. No negaremos, ni mucho menos, la influencia funesta de calamidades semejantes; pero fuera de ellas y aún sin ellas, las crisis comerciales se repiten periódicamente con aterradora frecuencia en todos los centros de producción.

Causas políticas de las crisis.—Aunque sea secundaria la influencia de las causas políticas en la producción de las crisis, no debemos prescindir de tenerlas en consideración. Las complicaciones, desórdenes y ruinas que motivan, tan vivamente impresionan, que quien no sepa dirigir una mirada escrutadora y remontarse á su origen, cree ver en ellas la explicación más cómoda, sencilla y fácil de todas las perturbaciones comerciales; y envanecido por ello, atribuye á los acontecimientos los apuros y la gravedad de una posición crítica, en la cual imprudentemente nadie temió de comprometerse.

Demos una ojeada á Inglaterra y á los Estados Unidos, y nos convenceremos de que en ambas naciones las crisis más graves han estallado fuera de toda complicación política. Véanse las crisis de 1825, 1837, 1847 y 1857.

Recorramos desde 1800 la serie de crisis y de acontecimientos políticos, busquemos, no sólo en el extranjero, si que también en Francia, su coincidencia con sucesos políticos tan diversos y tan variados, que, á manera de mutaciones de escena en el teatro, vinieron sucesivamente á sorprender todas las previsiones y á frustrar las combinaciones de los políticos más consumados.

La crisis de 1804 no estalló hasta pasado un año de la paz de Amiens.

La de 1810 surge en el preciso momento del bloqueo continental, que, según las previsiones de su autor, debía asegurarnos una supremacía comercial indisputable. Ni las guerras sostenidas con Austria, Prusia y España habían conseguido interrumpir el creciente desarrollo de los negocios. Estos se reanudaron con rapidez y sólo después de los desastres de 1813 y de 1814 fué completa la liquidación.

La crisis de 1818 estalla en plena paz, después de un período de excitación febril y de suscripciones inagotables á todos los empréstitos, según así se creía.

El gobierno francés y los extranjeros acudieron con buenos resultados á este medio para liquidar los gastos y constituir la deuda que las guerras de la Revolución y del Imperio dejaron en toda Europa como un triste recuerdo, así para vencedores como para vencidos.

La crisis de 1825-26 no se dió á conocer sino tres años después de la guerra de España, y en Inglaterra y en los Estados Unidos fué mucho más intensa que en Francia.

La crisis de 1830 sí que coincide con la revolución de Julio; pero el desarrollo del comercio y de la industria desde 1829 indicaban ya cuán tirante era su situación y cuán difíciles los negocios. La revolución fué la última gota de agua que hizo derramar el vaso que estaba lleno, y forzó una liquidación que había sido incompleta en 1826. ¡Y qué desarrollo más rápido el de la industria y del comercio hasta 1836! En este año las dos crisis inglesas y americanas resonaron en Francia y motivaron un período de calma; continuó, sin embargo, el movimiento hasta 1839. Entonces apuros de toda clase sobrevinieron y en grados diversos de intensidad dejaron sentir sus efectos sin que ningún accidente político pudiera explicarlos ó motivarlos. La cuestión de Oriente en 1840, que amenazó turbar la paz de Europa, siguió, no precedió, á la crisis.

El período de 1840-1847 transcurre sin acontecimientos políticos de importancia. Libro de sacudimientos toma siempre un vuelo rápido al desenvolvimiento de la riqueza de las naciones. La crisis de 1847 acababa de hacer sentir sus rigores con toda intensidad en Francia y en Inglaterra, cuando sobrevino la revolución del 24 de febrero de 1848. Siempre sucede que los más leves sufrimientos parecen insoportables martirios después de un período de prosperidad, y los pueblos volubles, como el nuestro (dice Mr. Juglar), buscan un remedio, un alivio á su malestar en las revoluciones interiores, ó cuando menos una distracción, al par que con las guerras exteriores pretenden aligerarse del para ellos tal vez excesivo aumento de población, á pesar de sus consecuencias devoradoras.

Nada prueba mejor la influencia y la acción de las crisis comerciales en la vida de los pueblos y en las variaciones de la opinión pública en tiempos difíciles y en años de prosperidad, ya que esta última depende casi por entero de una ú otra de dichas situaciones. Tooke observa que la guerra declarada en 1793 no originó la poca confianza y el descrédito que paralizaron el comercio en aquella época. Lo que sí hizo fué agravar la ya mala situación debida al excesivo desarrollo del crédito y del papel de circulación en todas partes. Las quiebras aparecieron en otoño de 1793, cuando todavía se cotizaban los consolidados á 40. *La baja en los precios no la motivó la guerra, sino la liquidación de las grandes operaciones emprendidas dos ó tres años antes.*

La crisis de 1857, tan terrible en Inglaterra y en los Estados Unidos, sólo produjo desde luego un débil sacudimiento en Francia. Curáronse en silencio algunas heridas leves, y se quiso después volver á emprender la marcha; pero entonces tomó carácter el movimiento, pronuncióse más, y hasta que la evolución natural, es decir, una liquidación no se verifique, la continuación será muy difícil: todos, «departamentos, ciudades y compañías particulares hanse entregado á gastos de mucha consideración», según dijo textualmente M. Fould en su Memoria de 1861.

Había terminado la guerra de Crimea, estaba firmada la paz, y cuando todo prometía un renacimiento en los negocios y una actividad comercial é industrial superiores á cuanto se había conocido, vino la crisis á sorprender á los que no buscaban en el estudio del exagerado desarrollo de los descuentos la manera de darse cuenta de la situación de los negocios.

En el extranjero puede estallar una crisis sin que se declare al gobierno responsable de sus consecuencias, dice M. Juglar; verdad es que en los años de bienandanza también hay allí menos propensión á darle gracias como autor y manantial único de toda clase de prosperidades. El gobierno permite que el bien se haga por sí solo, por medio de la lucha suave y fecunda de todos los intereses comprometidos (1).

En Francia, triste es decirlo, se profesa afecto muy poco caballeroso al poder, como lo atestiguan nuestras numerosas revoluciones. Se le apoya y se le aplaude mientras favorece nuestros negocios, ó mejor aún, mientras permite que los hagamos. Mas en cuanto estos son difíciles ó poco expeditos, muy á menudo por nuestra culpa, entonces le retiramos nuestra confianza. Después de habernos colocado en situación falsa, le dirigimos intimaciones, ó bien, agitándonos en nuestro lecho de dolor, le reclamamos reformas á veces insignificantes, siempre consideradas como panaceas para nuestros males, y que son un pretexto para manifestar nuestro descontento. La funesta y peligrosa costumbre que tenemos de atribuir al poder todo el bien en los años de prosperidad, motiva, por el contrario, que le hagamos cargos y le atribuyamos todos los males que resultan en los momentos de crisis. De ahí procede ese va y viene de la opinión pública en Francia, que ora eleva una dinastía, ora la derriba.

Crisis monetarias.—Según el examen que hemos hecho, puede admitirse que existan crisis monetarias sin crisis comerciales, es decir, caracterizadas por la disminución de la reserva metálica, por desaparición de numerario motivada por el balance de ciertos pagos interiores ó exteriores, y que por sí misma se detiene cuando se han satisfecho esas pasajeras necesidades? Si bajo dicho título se comprende la simple disminución de la reserva metálica, seguida de un ligero aumento en la tasa del descuento, verdad es que estos movimientos no son raros, jamás producen seria perturbación en los negocios y cesan muy pronto por lo regular. Son ligeras perturbaciones periódicas que reclaman las necesidades del comercio, pero no crisis, porque regularmente se las ve reproducirse cada año. Los fondos que reclaman de la reserva metálica son moderados y jamás amenazadores; con un sencillo aumento de 1 por ciento en el descuento, y á veces sin esto siquiera, desaparece todo. Aquí no hay ni aumento desmedido en la cartera, ni pedidos de descuentos precipitados que absorben al mismo tiempo el numerario con tal rapidez y en tales proporciones que, temiendo ver amenazado el reembolso á la vista de los billetes, no se puede menos que aumentar en seguida el descuento, reducir los vencimientos y hasta suprimir todo crédito. Sólo cuando esto sucede puede decirse que hay crisis monetaria, pero entonces la crisis comercial domina. En las demás circunstancias, una sencilla crisis monetaria, si así quiere llamarse, sólo es un accidente sin gravedad y apenas sin importancia.

Opiniones de los principales economistas.—Creía J. B. Say que la prisa del público en las crisis para reclamar el pago de los billetes, es debida al exceso en la emisión, que

(1) Si al escribir esto hubiese conocido M. Juglar á nuestro país, de seguro no se expresara en términos tan absolutos. Aquí hasta de las malas cosechas, de las sequías y de la plaga de la langosta al asolar nuestros campos, se ha pretendido hacer responsable á los gobiernos y á determinados partidos políticos.

hace bajar el valor del oro é incita á exportarlo allí donde lo conserva entero. La multiplicación del agente de circulación para el descuento, da así á los negocios una extensión no proporcionada á los capitales.

Senior observa que en 1825, la exportación de metales preciosos se elevó á 4.400,000 libras esterlinas. Desde 1855 á 1857, en Francia, á juzgar por las compras de lingotes, la cantidad exportada pasa de 1,300 millones de francos.

Wilson atribuye las crisis á una sencilla fiebre de especulación en un momento dado, debida á seductoras apariencias de ciertas operaciones. Pero ¿quién provoca ese vértigo? Esto no lo dice. Tooke pretende demostrar que las crisis están enlazadas con la subida del precio de los cereales, que periódicamente se repiten. Insiste en las variaciones del curso de los cambios y con mucha sagacidad indica su importancia por la balanza de pagos al extranjero. Presenta un estado con datos curiosísimos, é indica la coincidencia de un cambio favorable con la disminución de los gastos exteriores (guerra, compras de granos, etc.) No siempre es necesaria la intervención de estas dos últimas causas, porque en 1825, que no las había ciertamente, la depresión de los cambios fué tal, que la disminución de la reserva metálica continuó durante la mayor parte de aquel año.

No debe juzgarse del exceso ó defecto de la circulación según el número de billetes emitidos y la reserva metálica. La exportación ó importación de metales preciosos, el cambio, en una palabra, puede sólo indicarlo.

En Inglaterra, al tratarse de crisis comerciales, ha preocupado á los autores la exageración de la emisión y de las especulaciones. En Francia, M. Coquelin en su obra sobre el crédito y los bancos, recuerda la opinión de J. B. Say; mas en lugar de admitir el simple reembolso de los billetes, cree que son más bien los depósitos y cuentas corrientes los que se retiran en numerario. A los bancos privilegiados debiera atribuirse la causa del mal. Su monopolio produce una aglomerada detención de los fondos del ahorro y luego un movimiento desordenado de los mismos en busca de empleo. M. de Puynode en su obra intitulada *De la moneda, del crédito y del impuesto*, hace suyas por completo estas opiniones sustentadas por Coquelin.

Hemos indicado las objeciones hechas á la actual organización de los bancos, los medios propuestos por varios para sostener el comercio, hasta la especulación, con socorros tan bien combinados que no permitirían fuesen jamás víctimas de sus extravíos y podrían acometerlo impunemente todo.

Las observaciones más sencillas van á probarnos como los hechos están en desacuerdo completo con tan seductoras teorías.

El exceso en la emisión de billetes no es sobre todo sensible sinó allí donde existe la libertad, pues si estudiamos la circulación de los bancos privilegiados en Francia é Inglaterra, veremos que esta, después de la continuación de los pagos, nada exagerado presenta en el momento de las crisis. Sufre variaciones anuales y el máximum no se ve jamás durante los apuros y cuando la reserva metálica no puede ya ser menor.

Hé aquí el estado de las variaciones de la circulación durante las cuatro últimas crisis ocurridas en Francia y en Inglaterra.